

## 16. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?

San Benito, cuando habla de paciencia y de soportar, tiene seguramente en mente al buen Pastor que lleva la oveja perdida sobre sus sagrados hombros. Por cuatro veces aparece en la Regla una expresión en la que la paciencia se identifica con el soportar. Los enfermos exigentes se deben soportar con paciencia: “*patienter portandi sunt*” (RB 36,5). En el capítulo 4, sobre los instrumentos de las buenas obras, nos pide “no injuriar, sino soportar pacientemente las ofensas recibidas – *patienter sufferre*” (RB 4,30). En el capítulo 72, encontramos la frase que ya hemos visto: “Sopórtense con suma paciencia (*patientissime tolerant*) las enfermedades tanto físicas como morales” (RB 72,5). Finalmente, esta misma paciencia que soporta – “*patienter portare*” – es la que se pide al postulante, al que se le hace esperar a propósito a la puerta del monasterio y al que se le trata rudamente durante algunos días, para poner a prueba su vocación (RB 58,3).

Es curiosa esta última paciencia, porque parece casi que para entrar en el rebaño de la comunidad, san Benito pida al postulante hacerse buen Pastor de sí mismo, o de la comunidad que pretende ser desagradable para ponerlo a prueba.

Por lo tanto, en todos estos casos los verbos latinos asociados al adverbio “pacientemente –*patienter*”, o “pacientísimamente – *patientissime*”, los verbos *portare*, *sufferre*, *tolerare*, tienen siempre el sentido etimológico de llevar sobre sí un peso, soportar algo o alguien pesado. Precisamente como la oveja que el buen Pastor lleva sobre sus sagrados hombros.

La paciencia que soporta es la condición para poder cuidar del otro. Como decía hace algunos capítulos, la noción de “cura” es fundamental para entender la misericordia que pide san Benito al abad y a la comunidad. Cuidar de los demás es, en el fondo, la actitud que sintetiza el ejercicio de la misericordia, tanto con respecto al cuerpo como al alma. Cuidar es una actitud esencial e inicialmente materna, después paterna. Encarna el amor por la vida del otro, por su crecimiento, por su felicidad.

La Biblia nos presenta desde las primeras páginas a un Dios que cuida de la criatura humana, incluso después del pecado original. Es extraordinario la imagen descrita por el Génesis de un Dios que se hace “sastre” para vestir a Adán y Eva después del pecado: “El Señor Dios hizo para el hombre y su mujer unas túnicas de pieles y los vistió” (Gén 3,21). Acababa apenas de gritarles y maldecirles, pero era el desahogo de un amante traicionado. Enseguida volvió a aflorar la ternura paterna y materna de su Corazón, y con ella la compasión por su criatura, incapaz de gestionar su libertad, como los niños. Este gesto de cuidado que reviste la desnudez de Adán y Eva, expresa muy bien el hecho de que Dios ve al hombre como una unidad: lo que hace por nuestro cuerpo es para curar también nuestra alma, en este caso, el sentimiento de vergüenza, de pudor. En efecto, la vergüenza no es solo un malestar físico, sino psicofísico, precisamente porque en el hombre el alma y el cuerpo forman una única persona. Y en la vergüenza está en juego también el hecho de que el hombre es un ser relacional, que depende de la mirada del otro y de la propia mirada sobre el otro. Dios no viste al hombre y a la mujer porque tienen frío, sino porque tienen vergüenza, porque su yo necesita un vestido para el cuerpo para sentirse mejor en el alma. Adán y Eva habían tratado de resolver este malestar, este sentido de miseria, entrelazando hojas de higuera para hacerse delantales

(cfr. Gén 3,7). Pero esto no basta, es una solución ridícula e inadecuada. Necesitan que Dios tome cuidado enteramente de su ser, y de todo el drama de su condición.

El salmo 8 es espléndido, como tantos otros, en el asombro del hombre ante el cuidado que Dios tiene de él, de él personalmente, aún siendo así de pequeño e insignificante con respecto a la inmensidad del cielo:

“Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,  
la luna y las estrellas que has creado,  
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,  
el ser humano para que cuides de él?” (Sal 8,4-5)

Jesús recordará a todos que el Padre cuida de nosotros con todo detalle. “¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, ni uno de ellos está olvidado ante Dios. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; valéis más que muchos pajarillos” (Lc 12,6-7). Pero también denunciará el hecho de que nos olvidemos, que no nos demos cuenta, que olvidemos tener fe en el Padre, fiarnos de su Providencia que abraza todo nuestro ser. Toda la naturaleza es signo del cuidado de Dios por el hombre, y no sabemos leer la realidad, no sabemos ver más allá de las apariencias la intención del Creador al crear incluso una sola flor, una sola gota de lluvia, un rayo de sol...

Así pues, san Benito quiere que la vida de la comunidad nos recuerde el cuidado de Dios, que seamos testigos de esto los unos para los otros. ¿Qué significa amarse como hermanos y hermanas sino darnos testimonio del amor atento con el que el Padre cuida de nosotros?

En el fondo, la Regla expresa el cuidado que san Benito tiene personal y directamente por cada uno de nosotros. A veces es como si estuviese preocupado que en un futuro los abades y las abadesas no tuviesen bastante cuidado de todos sus hijos e hijas. Está preocupado porque se olviden de decirles que quiten el cuchillo de la cintura durante la noche, para no herirse entre sueños (cfr. RB 22,5), que no permitan a los enfermos comer carne o darse un baño (cfr. RB 36,8-9); incluso que no dejen un tiempo suficiente entre Vigilias y Laudes, perdonad, para “las necesidades naturales” (cfr. RB 8,4).

Nos parece oír a Jesús que, cuando mira a la multitud que lo sigue y escucha en el desierto, deja escapar un ansia materna por el bienestar de todas aquellas personas, entre las que, como sabemos por Mateo 15, 38, había mujeres y niños. Pero es Marcos el que hace expresarse a Jesús con más detalles sobre su atención a las necesidades de la multitud, él que, quizá autobiográficamente, nota el amor con que Jesús ha mirado al joven rico (cfr. Mc 10,21): “Siento compasión de esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. Si los despido en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos han venido de lejos” (Mc 8,2-3).

¡Qué atención! ¡Qué cuidado! Ha visto todo, sabe todo. Sabe que no tienen qué comer, sabe de dónde vienen, que “algunos” vienen de lejos. La misericordia, el cuidado, comienza por esta mirada de compasión atenta, precisa hasta en los detalles, como la mirada de Dios que cuenta nuestros cabellos. Y san Benito, como veremos, nos quiere educar para esta mirada.